

**Una alternativa cultural católica para la
España de la Restauración: Menéndez
Pelayo y la polémica sobre la ciencia**

por Antonio Santoveña Setién
(Universidad de Cantabria)

*A la entrañable memoria de don
Severiano Rodríguez Fernández*

En el año 1876 Gumersindo de Azcárate publicaba una serie de artículos en la que exponía su opinión sobre las posibilidades de organización política que se ofrecían ante la España del momento. En uno de dichos artículos mencionaba el papel negativo que, a su modo de ver, había desempeñado la intolerancia sobre nuestra cultura¹. Esta afirmación que, en principio, carecía de mayor trascendencia por estar subordinada a una argumentación más compleja no pasó sin embargo inadvertida para todos los lectores. Un catedrático de la Universidad de Valladolid, Gumersindo Laverde Ruiz, escribió a su joven amigo (sólo contaba diecinueve años de edad) Marcelino Menéndez Pelayo. En su misiva², Laverde hacía ver a éste que la afirmación de Azcárate constituía una ofensa contra la religión católica, a la que estaba acusando de haber cercenado toda actividad intelectual en España durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Por ello, le instaba a escribir una réplica ante la imposibilidad de poderlo hacer él mismo por razones de salud.

Sirviéndose de unas notas que el propio Laverde había esbozado en su carta, Menéndez Pelayo elaboró un artículo en forma epistolar. Su propósito era no sólo defender a la Iglesia católica de la pretendida acusación que contra ella se había lanzado, sino también demostrar que el referido atraso cultural español nunca había existido. Por este motivo, tras realizar un repaso a los logros científicos más destacados de nuestros antepasados en diferentes campos del saber, negó que hubiese existido atraso científico y cultural en los siglos precedentes, y que la Inquisición hubiera ejercido acción negativa alguna en este terreno. Las palabras de Menéndez Pelayo abrieron una larga serie de escritos en la que diversos pensadores expresaron su parecer con respecto a nuestra ciencia de antaño y los factores que pudieron reprimir su desenvolvimiento. El resultado de todo ello fue una contienda que, con diversos altibajos, se iba a prolongar hasta bien avanzado el año 1882³.

1. Las palabras exactas de G. DE AZCARATE fueron: «Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos». («El *self-government* y la monarquía doctrinaria», en *Revista de España*, tomo XLIX, núm. 194, 28 marzo 1876, p. 149).

2. Esta carta, fechada el 7-IV-1876, está reproducida en M. MENENDEZ PELAYO, *Epistolario*, vol. II, edición de M. Revuelta Sañudo, Madrid-Santander 1982, pp. 3-6.

3. En su obra *La Institución Libre de Enseñanza*. I. *Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)* (Madrid, 1962, pp. 341-342, nota 40) V. CACHO VIU enumera veinticinco de los escritos que compusieron la polémica sobre la ciencia. A esta relación cabe añadir, además, los siguientes: G. NUÑEZ DE ARCE y J. VALERA, *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la pública recepción del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce el día 21 de mayo de 1876*, Madrid, 1876; L. ALAS, en *El Solfeo* (Madrid), 29-XI-1876; A. PIDAL Y MON, en M. MENENDEZ PELAYO, *La Ciencia española. Polémicas, indicaciones y proyectos*, Madrid, 1879 (2.ª ed.), pp. 405-438; M. MENENDEZ PELAYO, en *La*

1. Una confrontación tripartita en torno a las relaciones entre fe y razón

A la largo de la controversia que nos ocupa pueden distinguirse, en principio, dos grandes tendencias. De un lado, la encarnada por Gaspar Núñez de Arce, Manuel de la Revilla, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, José del Perojo y Luis Vidart, para quienes la intolerancia religiosa, aliada con el poder político, había asfixiado nuestra actividad intelectual desde el siglo XVI, sumiéndonos en una situación de atraso con relación a los países más avanzados de Europa. De otra parte, la representada por Marcelino Menéndez Pelayo, Gumersindo Laverde y, en menor grado, por Alejandro Pidal y Mon, el dominico Joaquín Fonseca, Juan Valera y Leopoldo Alas («Clarín»), para quienes la ciencia española en ningún momento había estado reprimida por la acción del Santo Oficio, siendo, en consecuencia, un infundio el abatimiento que se le imputaba durante el período de máximo apogeo de aquél. Pese a ello, no negaban la existencia de un proceso de decadencia, pero pensaban que éste se había producido en otro momento y era, por tanto, independiente de la labor desempeñada por la Inquisición.

Vista bajo esta perspectiva, la polémica habría constituido, en síntesis, un enfrentamiento más entre los partidarios de la reacción y los del progreso. Adoptando posturas panegiristas y pesimistas, respectivamente, la discusión sobre nuestra tradición científica habría sido un mero pretexto para el enfrentamiento ideológico entre integristas católicos y liberales innovadores. Es decir, las llamadas «dos Españas» por una vez habrían encontrado su punto de confrontación en las páginas de las revistas culturales y periódicos de la época y no en los campos de batalla.

Sin embargo, esta visión dualista y, a menudo, revestida de tintes maniqueos puede resultar insuficiente para explicar el sentido pleno del hecho que nos ocupa. Un examen minucioso de las intervenciones realizadas por los distintos protagonistas revela, sí, una oposición entre dos grandes bloques de argumentos, pero también la existencia de apreciables discrepancias internas en cada uno de ellos. Ambos bandos, lejos de constituir sendos frentes monolíticos, estuvieron integrados por una amalgama de posturas únicamente unidas entre sí por el sentimiento común de exaltación o de negación de nuestra aportación a la historia universal del saber.

Así, entre los autores que denunciaron la opresión del Santo Tribunal sobre la cultura española hallamos un abanico de posiciones que abarca tanto a quienes entendieron que los efectos negativos de la tiranía religiosa ahogaron por completo todo género de actividades intelectuales sin excepción (Núñez de Arce, Salmerón, Azcárate, Perojo y Vidart), como a quien pensaba que aquéllos sólo afectaron a las ciencias en general, pero no a la literatura, que habría gozado bajo el dominio inquisitorial de su más brillante período de esplendor (Revilla).

Otro tanto acontecía con las opiniones sobre el momento en que España comenzó a recuperarse de tan infausta decadencia. Sobre este particular, la gama de puntos de vista iba desde quien (como Núñez de Arce) estimaba que nuestra revitalización empezó en tiempos de Fernando VI y Carlos III, hasta quien entendía que esto había

Ciencia..., op. cit., pp. 439-456; J. FONSECA (O. P.), en VV.AA., *Triduo dedicado a Santo Tomás de Aquino en marzo de 1881, por los PP. Dominicos del Colegio de Corias con motivo del Patronato Universal de las Escuelas Católicas adjudicado al Angélico Doctor por la Santidad de León XIII*, Oviedo, 1881, pp. 57-74; M. MENENDEZ PELAYO, en *La Unión* (Madrid), 16-VIII-1882; J. FONSECA, en *El Siglo Futuro* (Madrid), 14 a 23-IX-1882; y M. MENENDEZ PELAYO, en *La Unión*, 2 a 4-X-1882.

ocurrido en los inicios del siglo XIX (Azcárate), o que probablemente aún no había tenido lugar (Salmerón), pasando por quienes no se pronunciaban al respecto (Revilla, Perojo y Vidart).

Mayor era aún el grado de disenso que se registraba en el seno del otro bando. Tras un sustrato católico común más o menos acentuado según los autores, se escondían importantes divergencias intestinas. Pidal y Fonseca veían en el Renacimiento el inicio de la decadencia que siguió a nuestra etapa de esplendor cultural, Valera fijaba este punto de inflexión en el siglo XVII y Menéndez Pelayo (y con él Laverde) hacia 1790. Las distintas fechas expresadas por cada autor respondían, obviamente, a diferentes posibles causas. Frente a la convicción de Pidal y Fonseca de que nuestra postración se había debido a un proceso de paganización que, arrancando de la Baja Edad Media, había alcanzado sus mayores dimensiones en la época renacentista, o a la de Valera, que la achacaba a una desmesurada identificación entre religión y patria, Menéndez Pelayo y Laverde encontraban su explicación en la recepción desde el siglo XVIII de doctrinas foráneas con la subsiguiente pérdida de la tradición nacional.

Las discrepancias también afectaban al momento en el que España había empezado a recuperarse de esta situación de decadencia. Al margen de «Clarín», que no se pronunció al respecto, las opiniones de los polemistas católicos se repartieron entre quienes pensaban que esto sólo había comenzado a ocurrir bien entrado el siglo XIX (Valera, Pidal y Fonseca) y quienes opinaban que nuestra recuperación científica aún no había empezado (Menéndez Pelayo y Laverde).

La actitud de Menéndez Pelayo y su mentor tuvo su continuación en la reprobación que hicieron de algunas corrientes de pensamiento de su siglo, caso del krausismo y el neotomismo. A su modo de ver, ambas, por estar inspiradas en doctrinas extranjeras (de origen germano la primera, e italiano y francés la segunda), eran ajenas a nuestra tradición cultural. Sin embargo, la extensión de esta condena a los medios a través de los cuales aquéllas estaban logrando propagarse, revistas y ateneos principalmente, fue desaprobada por «Clarín».

Todas estas diferencias de criterio en cada uno de los grandes bloques ponen de manifiesto la debilidad de cualquier interpretación de la polémica científica que circunscriba ésta a una confrontación entre dos únicos grupos, esto es, a una mera pugna entre progreso y reacción. En su lugar, puede optarse por una visión algo más compleja, semejante, por ejemplo, a la expuesta por Pedro Laín Entralgo en dos obras ya clásicas⁴. En ellas, este autor distingue no dos, sino tres fuerzas contendientes.

La primera es la de los «representantes del progresismo» o, lo que es lo mismo, la de los contendientes de orientación krausista, positivista y neokantiana. A este conjunto de pensadores, integrado por Azcárate, Revilla, Salmerón y Perojo, cabe añadir los nombres de Núñez de Arce y Vidart no mencionados por Laín al no haber considerado éste en su día las aportaciones de los mismos como piezas de la polémica que nos ocupa. Para todos ellos, en España no había existido una verdadera tradición científica debido a la acción represiva de la Inquisición; por ello, estimaban que el papel de nuestro país en la historia científica del mundo era irrelevante.

4. P. LAIN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, 1944, pp. 122 y ss. Esta obra fue reeditada, con la adición de otros trabajos del mismo autor, bajo el título *España como problema*, Madrid, 1956. (Véanse tomo I, p. 46 y tomo II, p. 552).

Una segunda posición es la sostenida por dos representantes del «*tradicionalismo intelectual medievalista*», los neotomistas Pidal y Fonseca. Estos condenaban toda la producción intelectual que no se ajustase a la doctrina formulada por Santo Tomás de Aquino. Entendían que, salvo la protagonizada por los tomistas, la obra intelectual del mundo moderno no era más que una desviación de la verdad. Por esta causa, su participación en la contienda no consistió tanto en defender o reprobar la repercusión sobre nuestra ciencia de las acciones ejercidas por la Inquisición como en exaltar la aportación de Santo Tomás y de sus seguidores para así crear un clima favorable a la restauración plena en España de su doctrina.

La tercera postura fue la representada por los que Laín Entralgo ha calificado como «*afirmadores de un tradicionalismo moderno*». Dentro de este grupo, compuesto por Laverde y, sobre todo, por Menéndez Pelayo, se podría incluir también (aunque sus posiciones fueron mucho menos precisas) a Valera y «Clarín». La actitud de estos autores, especialmente la de Menéndez Pelayo, supuso, además de una defensa del catolicismo, una reivindicación del papel de la tradición como elemento regulador del progreso. Con ello pretendían hacer una defensa de la armonía entre fe y razón, es decir, entre dogma y ciencia. Y es que la cuestión de fondo subyacente en esta polémica no era tanto el debate sobre el grado de atraso científico y sus posibles causas como la puesta en tela de juicio de los valores sobre los que hasta entonces se había asentado nuestra sociedad y, por ende, nuestra cultura.

En efecto, el considerable desarrollo que durante el siglo XIX experimentaron todas las ciencias se vio acentuado en el último tercio de dicha centuria debido a la difusión de nuevas líneas de pensamiento como el positivismo y el darwinismo⁵. La irrupción de estas corrientes propició una reformulación de gran parte de las disciplinas existentes y la aparición de otras⁶. Además, el impacto de las nuevas doctrinas no se limitó a los aspectos conceptuales, teóricos o metodológicos de las distintas ciencias. Con ellas se abrió una forma diferente de entender éstas, pero, también, una concepción de la vida independiente de condicionamientos religiosos y tradicionales. Esta circunstancia se iba a concretar en el terreno cultural en una desvinculación entre razón y dogma religioso. Resulta ocioso señalar que la recepción de las nuevas directrices de pensamiento y del clima de cuestionamiento de las verdades reveladas que las acompañaba provocó un hondo malestar en los sectores más aferrados a la tradición, principalmente en el de la jerarquía e intelectualidad católicas. La consecuencia de tal desazón fue la realización por parte de éstas de un esfuerzo destinado a contrarrestar el efecto de aquéllas. Esta contraofensiva intelectual iba a propiciar fuertes tensiones entre seguidores de una y otra formas de entender la existencia en general y la vida científica en particular.

En este contexto, los primeros momentos de la Restauración estuvieron caracterizados en el plano cultural por sucesivos enfrentamientos entre defensores de la

5. La recepción en España de las nuevas corrientes se vio facilitada por la labor de diversas publicaciones como la *Revista Contemporánea* y la *Revista Europea*. (Véanse I. DELGADO GONZALEZ, *La 'Revista Europea' (1874-1879) y su significado filosófico*, Salamanca, 1983, pp. 15-19; y J. SALA CATALA, *Ideología y ciencia biológica en España entre 1860 y 1881. La difusión de un paradigma*, Madrid, 1987, pp. 32-34).

6. En opinión de Th. S. KUHN, la génesis de un nuevo paradigma científico conlleva siempre un debate con el que ha estado vigente hasta entonces. En esta confrontación son cuestionados todos los métodos, problemas y normas de resolución hasta el extremo de que la recepción del nuevo paradigma, si es que éste logra imponerse, suele propiciar una importante redefinición de la actividad científica en su conjunto. (*La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1981) [1.^a ed., 7.^a reimp.], pp. 87, 151-152 y 165).

concepción de base católica y partidarios de la separación entre dogma y ciencia. Tal fue el sentido de la llamada «segunda cuestión universitaria», de los debates sostenidos sobre el positivismo y el darwinismo tras el advenimiento de estas corrientes, de la polémica en torno al panteísmo entre Campoamor, Canalejas y Revilla, y, especialmente, de la polémica sobre la ciencia en España. Esta, desarrollada al menos desde tres frentes y no desde dos, constituyó la expresión más acabada de un choque de posiciones en el que se contraponían varias formas diferentes de concebir la actividad científica.

Comenzaremos por analizar las propugnadas por los dos primeros grupos de contendientes, es decir, por aquéllos a los que Menéndez Pelayo calificó como exageraciones «innovadora» y «reaccionaria», respectivamente. Los partidarios de la primera, pensadores de inspiración krausista, positivista y neokantiana, al denunciar que la injerencia religiosa y política había asfixiado nuestro pasado científico, estaban expresando su rechazo a la validez del dogma y de la tradición como instrumentos con los que poder acceder al conocimiento. Los partidarios del segundo grupo, por su parte, estimaban que la verdad sólo había sido alcanzada de un modo total en la Edad Media gracias al escolasticismo tomista y que esta elaboración intelectual era insuperable. De esta manera, estaban negando tanto la capacidad creadora como la dimensión temporal del ser humano y, con ello, cuestionaban el papel de la razón individualmente considerada como fuente de conocimiento.

El corolario de estos planteamientos era, en ambos casos, la condena de la actividad científica desplegada en los últimos siglos. Esta actitud se completaría con la formulación de sendos proyectos alternativos. Como es lógico suponer, la naturaleza de estas elaboraciones iba a ser muy distinta en cada caso.

Los pensadores «progresistas», convencidos de que no era posible lograr una conciliación entre fe católica y razón, propugnaban la implantación de una cultura moderna de inspiración racionalista, radicalmente alejada del modelo que la había precedido. A su modo de ver, nuestro atraso científico con relación al resto del continente obedecía al aislamiento y la opresión a que nos había sumido la intolerancia religiosa. Por ello, pensaban que esta situación adversa sólo se podía corregir mediante un acercamiento a las principales corrientes europeas del momento. Gracias a ellas confiaban en poder revitalizar nuestro panorama cultural y recuperar el terreno perdido.

Entretanto, los «regresistas», guiados por una adhesión incondicional a la revelación (con evidente desprecio de la razón) y por una identificación desmesurada entre catolicismo y escolasticismo que les llevaba a menospreciar toda creación intelectual posterior al siglo XIII, iban a defender una «medievalización» de nuestra cultura, esto es, un retorno al tomismo. Con esta negación del progreso en el plano de las ideas pretendían hacer frente al avance de las nuevas corrientes de pensamiento.

En el marco de esta lucha tripartita, el tercer grupo de protagonistas, y dentro de él muy especialmente Menéndez Pelayo, trató de ejercer una difícil función. Sus intervenciones, encaminadas a poner de manifiesto que España (nación católica por excelencia) había alcanzado elevados niveles de desarrollo científico, no era tan sólo una empresa destinada a defender a la Iglesia de los cargos que se le imputaban y a rescatar del olvido nuestras glorias de antaño. Tras la misma había otro propósito: intentar probar que catolicismo y ciencia eran compatibles. Así, en oposición a las tesis de quienes veían en el credo religioso un factor obstructor del libre ejercicio intelectual, Menéndez Pelayo buscó en la exaltación de la ciencia española pre-

térta la prueba definitiva de la aptitud del catolicismo para la investigación científica. A la vez, frente a quienes veían en la doctrina de Santo Tomás la única manifestación intelectual católica posible, subrayó la existencia de otras corrientes de pensamiento, a su juicio, mucho más elevadas que aquella (caso del vivismo, el lulismo y el suarismo) que, sin apartarse de los presupuestos religiosos, habían sido posibles gracias a los logros alcanzados por el progreso de la razón humana. En suma, puede decirse que todo el esfuerzo del santanderino tuvo como objetivo último demostrar que fe y razón podían ser compatibles.

El convencimiento de que era posible lograr una conciliación entre estos dos elementos fue un rasgo muy frecuente entre los pensadores católicos de la época, incluidos los neotomistas. Ahora bien, pese a las abundantes manifestaciones que realizaron en este sentido, el argumento era tan sólo una verdad a medias. Existía la convicción de que ambos elementos se podían armonizar y el deseo de poner en práctica esta simbiosis, pero la pretendida operación no se concebía en un plano de igualdad para ambas partes. Lejos de constituir una concordia equilibrada entre lo racional y lo espiritual, lo que solapadamente se defendía era una transacción desigual en la que la razón quedaba unida al dogma mediante una relación de subordinación absoluta. El propio Menéndez Pelayo no fue ajeno en sus formulaciones a esta modalidad de armonía. No obstante, su planteamiento de la cuestión fue algo diferente al de la mayoría de sus compañeros de credo. Ello se debió a la peculiar perspectiva bajo la que analizó el problema debatido. Aun reconociendo que el catolicismo era el pilar esencial de su ser y su guía en el trabajo intelectual, no ignoró por completo las aportaciones de sus adversarios. Esta actitud le permitiría disponer de un concepto de ciencia análogo al de los polemistas más avanzados. Con un instrumental teórico distinto al de los demás católicos, pudo entender la relación entre fe y ciencia de otra forma que ellos.

Así, en esta polémica en la que formalmente se debatía el grado de esplendor científico de los siglos precedentes hubo numerosas alusiones a la dimensión alcanzada en España por la filosofía⁷. Estas referencias, comunes a todos los protagonistas, revelan una determinada forma de entender la ciencia. Esta consistía en no separar materias especulativas (como la filosofía) de disciplinas en las que el conocimiento se obtiene por procedimientos empíricos (caso de las ciencias físico-naturales), sino, por el contrario, en mantener a unas y otras en mutua conexión de tal modo que entre todas constituyesen un cuerpo plural y globalizador en el que se dieran cita las más diversas especialidades. Este concepto de ciencia como realidad suprema y total, inspirado en la noción de *Wissenschaft* del idealismo alemán e introducido en nuestro país por los krausistas españoles⁸, resulta más o menos explícito en todos los contendientes salvo en los neotomistas Pidal y Fonseca, para quienes toda la actividad intelectual humana digna de mención se limitaba sólo a la filosofía escolástica. De este modo, y con la excepción señalada, para todos los contendientes, entre los que estaba Menéndez Pelayo, el vocablo «ciencia», en vez de quedar reducido al mero componente empirista, representaba un conjunto de materias

7. Este hecho ha llevado a J. L. ABELLAN a escribir: «[...] la polémica de la Ciencia española se convierte específica y explícitamente en polémica sobre la Filosofía española». (*Historia crítica del pensamiento español. I. Metodología e introducción histórica*, Madrid, 1979, p. 43).

8. J. LOPEZ-MORILLAS, *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, Madrid, 1980 (2.ª ed.), pp. 89-94; y E. DIAZ GARCIA, *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973, pp. 75-76.

que abarcaba tanto a las llamadas ciencias exactas, físicas y naturales como a la filosofía, la teología, el derecho, la historia, la medicina, la política e, incluso, la literatura.

Impregnado de este amplio concepto pudo un creyente como Menéndez Pelayo entender la relación entre dogma y ciencia de forma distinta a como lo hacían sus correligionarios y, por supuesto, a como lo hacían quienes estimaban imposible que ambos elementos pudieran armonizarse. Por ello, pese a constituir sus propósitos de conciliación entre fe y razón un intento más de someter todos los aspectos intelectivos al dominio de lo religioso, tal intento no aspiró a un grado de dependencia *absoluta* como el que querían los neotomistas, sino que se limitó a propugnar una relación en la cual, sin dejar de existir una cierta subordinación, ésta no llegase hasta el extremo de anular por completo la razón bajo el dominio del dogma.

Colocado en esta posición intermedia de los otros dos grupos, el de quienes negaban la posibilidad de conciliar ambos elementos y el de quienes, con el pretexto de armonizarlos, lo que pretendían era supeditar por completo uno al otro, Menéndez Pelayo intentó demostrar que *era posible cierto grado de conciliación*. Con ello queda ratificado el carácter tripartito de la polémica, no sólo en cuanto a las opiniones sobre las causas de nuestro atraso científico, sino también sobre los distintos modos de entender la relación entre fe y razón y, por tanto, la actividad científica en su conjunto.

2. Conciencia de atraso científico y deseos de revitalización

Pese a las considerables diferencias de forma y fondo que separaban a los distintos protagonistas de la polémica, éstas quedaron, sin embargo, un tanto mitigadas por un rasgo común a todos ellos. Este fue el de la generalización en los mismos de un proceso de toma de conciencia sobre la debilidad científica de nuestro pasado más reciente y la necesidad de buscar una solución a este problema. Dentro de este afán de unos y otros por desvincularse de lo que inmediatamente les había precedido (por entenderlo responsable de nuestro estado de abatimiento científico), hay que enmarcar la crítica realizada a dos corrientes de pensamiento tan dispares como el krausismo y la escolástica. Dos cuestiones quedaron en evidencia en estos episodios. En primer lugar, el reconocimiento (más o menos explícito) por parte de los polemistas de la incapacidad de ambas líneas intelectuales para solventar la situación de postración denunciada. Así, mientras la condena directa o indirecta a la escolástica fue un elemento común a todos los contendientes salvo los neotomistas, la crítica al krausismo fue realizada no sólo por todos los católicos, sino, incluso, por algún representante de las posiciones más vanguardistas como Manuel de la Revilla⁹.

El hecho de concentrar las mayores críticas en el krausismo y el escolasticismo puede revelar, por otro lado, un escaso grado de conocimiento de los contendientes sobre las nuevas corrientes de pensamiento. Esta circunstancia resulta muy acusada en el caso de los polemistas católicos. Dado que éstos eran los principales interesados en que el positivismo y el darwinismo no prosperasen, en buena lógica cabe suponer que era a éstos a quienes correspondía la tarea de estudiar las nuevas doctrinas para, conociendo sus puntos débiles, poder realizar sus críticas a las mismas.

9. V. CACHO VIU, *La Institución...*, op. cit., p. 351; y C. GARCIA BARRON, *Vida, obra y pensamiento de Manuel de la Revilla*, Madrid, 1987, pp. 53-59.

Sin embargo, a lo largo de sus intervenciones todos los católicos dejaron constancia involuntaria de su desconocimiento de cuáles eran los nuevos derroteros por los que discurría la actividad intelectual. Esta sería una constante en todas las polémicas en que tomaron parte durante estos años. En ellas, su nivel de conocimientos sobre las cuestiones científicas debatidas fue siempre muy inferior a su apasionamiento.

Resulta, sin embargo, paradójico contemplar cómo los polemistas de carácter progresista no demostraron un nivel mucho más elevado que el de sus contrincantes. En sus intervenciones se limitaron a criticar la incidencia de la intolerancia religiosa sobre nuestra ciencia y a defender (en algunos casos) al krausismo de los cargos que contra él se vertían en un momento en que se hallaba en crisis, pero sin llegar a respaldar en ningún caso sus ideas con argumentos directamente inspirados en las nuevas corrientes. Sin embargo, al contrario de lo que sucede con los pensadores de adscripción católica, esta actitud no debe ser necesariamente interpretada como un síntoma de desconocimiento de las nuevas líneas intelectuales. Téngase en cuenta que algunos de los contendientes más avanzados ya habían dado muestras de conocer los fundamentos de las mismas. Tal es el caso de G. de Azcárate, M. de la Revilla y J. del Perojo¹⁰.

Por todo lo expuesto puede decirse que, mientras todos los protagonistas católicos demostraron que apenas tenían conocimientos sobre las nuevas directrices que inspiraban el mundo de las ideas y de la investigación, sus adversarios casi no dieron muestras de tenerlos, aunque algunos de ellos habían dejado constancia poco antes de cierto vanguardismo intelectual.

El débil conocimiento que sobre este particular exhibieron todos los bandos pudo estar motivado por la propia naturaleza de los polemistas. En una controversia en la que se abordaba formalmente la magnitud alcanzada por la ciencia en España no deja de ser curioso que ninguno de los contendientes fuese un «hombre de ciencia» en el sentido de ser un cultivador de alguna ciencia exacta, física o natural. Por el contrario, todos ellos, salvo Luis Vidart, que era militar de carrera, eran personas formadas en los campos del derecho, la filosofía, la literatura, el periodismo, etcétera. Sin pretender negar la capacidad para debatir este tema a quienes contaban con el mencionado bagaje formativo, lo cierto es que éste no les convertía en las personas más idóneas para tal empresa. Más aún, si se tiene en cuenta que las nuevas corrientes de pensamiento ejercieron su influjo renovador más intenso sobre las disciplinas de base empirista, cabe sospechar que la contienda estuvo protagonizada por pensadores más voluntariosos que instruidos en el tema. La formación esencialmente humanística de los contendientes, además del peculiar y ya mencionado concepto de ciencia que tenían, explica también que los mismos recurriesen una y otra vez al ejemplo de la filosofía para ilustrar sus argumentos y que redujesen, por el contrario, a la mínima expresión las referencias a las ciencias no especulativas.

Dentro de este contexto general en el que todos los protagonistas parecen haber soslayado el tema de las disciplinas de carácter empirista por falta de conocimientos al respecto, podría considerarse a Menéndez Pelayo como la excepción al conjunto. A esta opinión puede conducir, en principio, la vasta compilación bibliográfica que incorporó a la tercera edición de *La Ciencia española*, título bajo el que publicó

10. Estos tres autores habían intervenido en los debates que sobre la recepción del positivismo tuvieron lugar en el Ateneo de Madrid durante el curso 1875-1876. Asimismo, Perojo y Revilla fueron los primeros divulgadores de las ideas neokantianas en España merced a los escritos que publicaron en *Revista Europea* y *Revista Contemporánea*.

parte de los escritos que conformaron la contienda intelectual que nos ocupa¹¹. Sin embargo, un análisis de los numerosos libros por él señalados revela que no era un especialista, ni mucho menos, en bastantes de los campos que abordó. Para confeccionar este listado se sirvió de repertorios bibliográficos ya elaborados, amén de las obras que sus investigaciones le daban a conocer, pero sin estudiar, por lo general, de un modo detenido las mismas. Este hecho le llevó, con frecuencia, a citar títulos de escasa relevancia¹².

El carácter no «científico» de los participantes en la polémica motivó, asimismo, que en sus aportaciones abundase más el componente erudito y descriptivo que el analítico. Ello iba a traducirse en un predominio de las visiones en torno al pasado de nuestra ciencia sobre cualquier reflexión acerca de lo que ésta debiera ser en el futuro. Con el transcurso del tiempo, estas disquisiciones sobre el pasado cultural han sido objeto de diversas críticas. En este sentido, a los pensadores de orientación más avanzada se les ha reprochado la debilidad de sus argumentos, sobre todo en el punto referido a la represión ejercida por el Santo Oficio¹³. En cuanto a los católicos (Menéndez Pelayo en especial), se les ha solido acusar de intolerancia y falta de meditación en sus opiniones, así como de deformar nuestra historia científica mediante la inflación de nombres y obras de segundo orden¹⁴. Estas críticas (y otras semejantes) han venido a configurar una imagen de la polémica en la que ésta aparece como un magno enfrentamiento en el que los diferentes contendientes se reafirmaron plenamente en los principios que les orientaban, consolidándose por tanto el carácter irreconciliable de los mismos. Como consecuencia de esta visión no han faltado valoraciones negativas de la pugna intelectual que nos ocupa, hasta el punto de considerarla como una confrontación carente de trascendencia de cara a la evolución ulterior de nuestra ciencia y, lo que quizá es aún peor, innecesaria¹⁵. De acuerdo con esta forma de entender la controversia, ésta representó un esfuerzo estéril en el que los participantes poco o nada aportaron al desarrollo científico español.

Dentro de este contexto, merece una mención particular la crítica a las intervenciones de Menéndez Pelayo. Pensadores como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o Gregorio Marañón reconocieron la magnitud de la labor erudita del montañés, pero también la ineficacia y el sentido contraproducente de la misma¹⁶. A su modo de ver, todo el esfuerzo de aquél para demostrarnos que en España hubo cien-

11. Esta edición, aparecida entre 1887 y 1888, estuvo conformada por tres volúmenes, conteniendo el último de ellos un catálogo bibliográfico elaborado por Menéndez Pelayo en el que se recogían los títulos de muchas obras científicas realizadas en España durante los siglos anteriores.

12. M. MENÉNDEZ PELAYO, «Advertencia preliminar» a *La Ciencia española*, vol. III, en *Edición Nacional de Obras Completas (E.N.O.C.)*, vol. LX, Santander, 1954, p. 10.

13. S. RAMON Y CAJAL, al examinar las teorías elaboradas sobre las posibles causas de nuestro atraso científico, calificó la hipótesis del fanatismo religioso como «*explicación simplista*» y «*cómoda*». (*Los tónicos de la voluntad. Reglas y consejos sobre investigación científica*, Madrid, 1971 [9.ª ed.], pp. 170-171).

14. G. MARAÑÓN, «Nuestro siglo XVIII y las academias», en *Obras completas*, tomo III, Madrid, 1967, p. 309; y «Recuerdos de Menéndez y Pelayo», *Ibidem*, p. 538.

15. J. IRIARTE (S.J.), *Menéndez Pelayo y la filosofía española*, Madrid, 1947, p. 167.

16. M. de UNAMUNO, «Sobre la lectura e interpretación del Quijote», en *La España Moderna*, año XVII, núm. 196, abril 1905 (reproducido en *Obras completas*, vol. I, Madrid, 1966, p. 1228); del mismo autor, «Prólogo» a la obra *Orígenes del conocimiento. (El hambre)*, de R. TURRO (rep. en *Obras completas*, vol. VIII, 1966, p. 1089); J. ORTEGA Y GASSET, «La ciencia romántica», en *El Imparcial*, 4-VI-1906 (rep. *Obras completas*, tomo I, Madrid, 1946, p. 41); también, «Pidiendo una biblioteca», en *El Imparcial*, 21-II-1908 (rep. *ibidem*, p. 83); y G. MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, en *Obras completas*, tomo V, 1970, pp. 309-310.

cia y que ésta alcanzó importantes niveles sirvió para poner de manifiesto todo lo contrario. La ingente retahíla de nombres citados por él habría evidenciado que en nuestro país, en el mejor de los casos, había habido «hombres de ciencia», pero no ciencia propiamente dicha¹⁷.

Frente a esta tesis que presenta la polémica como un esfuerzo más espectacular que práctico, ha habido también quienes han visto la misma (y, dentro de ella, el papel desempeñado por Menéndez Pelayo) como un hecho positivo. Es el caso, sobre todo, de P. Sainz Rodríguez y de P. Laín Entralgo¹⁸. Según estos autores, la disputa sirvió para que el cántabro demostrase la existencia de ciencia en España; otra cuestión era si tal ciencia revestía la dimensión suficiente como para que pudiera hablarse de «ciencia española». Sea como fuere, para quienes suscriben esta línea interpretativa, la polémica, sin llegar a ser una solución a los males de nuestra ciencia, fue un importante punto de partida en este sentido. Gracias a ella, numerosos investigadores iban a desear ampliar la historia de determinadas ramas del saber, llegando, incluso, en algunos casos a replantearse no ya sólo la situación cultural, sino también el propio modelo de organización y convivencia forjado por Antonio Cánovas del Castillo¹⁹. Así pues, la contienda supuso a los ojos de los partidarios de una valoración positiva de la misma, además de un síntoma de revitalización en el terreno científico, el primer planteamiento teórico de lo que se iba a llamar el «problema de España». Según esta interpretación, la confrontación habría sido el germen de un proceso de cuestionamiento de la conciencia nacional que iba a alcanzar su fase culminante tras la pérdida de las últimas colonias de Ultramar en 1898²⁰.

Sin embargo, estas dos formas de entender la polémica resultan explicaciones parciales y, por ende, un tanto incompletas. Ambas, por ceñirse demasiado al caso español, más en concreto a la dinámica político-cultural que va desde el inicio de la Restauración hasta la crisis de fin de siglo, prescinden de referentes más amplios. Téngase en cuenta que la disputa sobre la ciencia no fue un fenómeno privativo de nuestro país. Controversias de análogas características tuvieron lugar por las mismas fechas en otras latitudes²¹. Sin negar el acierto de bastantes de los puntos que conforman los dos modelos de interpretación expuestos puede, no obstante, ser más esclarecedor observar la contienda como el episodio español de un fenómeno de alcance universal consistente en poner en tela de juicio los fundamentos y procedimientos de un paradigma científico en el momento en que otro más nuevo aspira a ocupar el lugar del anterior. En este caso, la génesis a comienzos del último cuarto del siglo XIX de un nuevo paradigma (el positivista) y la difusión, asociada a él, de una mentalidad de corte científico había producido un importante choque entre las modernas formas de concebir la vida intelectual y las antiguas, vinculadas a los presupuestos religiosos. Esta confrontación, no exenta de matices dentro de cada una de las cosmovisiones que en ella se concitaron, acabó convirtiéndose (tras el pretexto del grado de desarrollo científico español) en un debate sobre la posibilidad de llegar a una conciliación entre dogma y ciencia.

17. J. ORTEGA Y GASSET, «La ciencia...», *art. cit.*, p. 41.

18. P. SAINZ RODRIGUEZ, *Las polémicas sobre la cultura española*, Madrid, 1919, p. 39; P. LAIN ENTRALGO, *España...*, vol. II, *op. cit.*, p. 553.

19. P. LAIN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo...*, *op. cit.*, p. 120.

20. Cfr. P. LAIN ENTRALGO, *España...*, vol. II, *op. cit.*, p. 374.

21. J. SALA CATALA ha señalado que hubo debates semejantes al sostenido en España «[...]en todas las formaciones nacionales emergentes del siglo XIX». («Ciencia biológica y polémica de la ciencia en la España de la Restauración», en J. M. SANCHEZ RON (ed.), *Ciencia y sociedad en España: de la Ilustración a la Guerra Civil*, Madrid, 1988, p. 157).

Sobre este substrato inicial en el que se asienta toda la polémica, tres son, en esencia, las cuestiones que quedaron en evidencia a lo largo de aquélla. En primer lugar, y pese a los esfuerzos de algunos de los protagonistas por demostrar lo contrario, la penuria de la ciencia española de los siglos precedentes. Esta debilidad fue tan intensa en las primeras décadas del siglo XIX que todos los contendientes la denunciaron en sus escritos. Ello nos revela, en segundo lugar, la existencia de una concienciación generalizada del atraso cultural con el que España había entrado en la Edad Contemporánea. Este reconocimiento de nuestra inferioridad y un deseo de acabar con semejante situación iban a cristalizar, por último, en la formulación de varios proyectos tendentes a revitalizar nuestro panorama científico. Tales bosquejos, concebidos de acuerdo con criterios y objetivos muy dispares entre sí (según la adscripción ideológica de los distintos contendientes), irían viendo la luz a lo largo del último cuarto de siglo hasta alcanzar su apogeo máximo en los instantes finales de aquél. De las características del programa de Menéndez Pelayo (que fue el único que se formuló en el transcurso de la polémica) nos ocuparemos en lo que sigue.

3. Menéndez Pelayo y el fracaso de su programa de regeneración cultural

La polémica sobre la ciencia, iniciada a raíz de la publicación de un artículo de Azcárate, tuvo su principal inductor, como ha quedado dicho, en Laverde. La forma en que éste interpretó las palabras de aquél y el deseo de que no quedasen sin contestación propició su puesta en contacto con Menéndez Pelayo con objeto de persuadirle para que saliera al paso de las afirmaciones vertidas por el pensador leonés. La labor que el santanderino desarrolló con tal propósito, reivindicando nuestro pasado cultural, le permitió, no obstante, percatarse de la considerable debilidad del panorama científico español durante el siglo XIX. Azuzado por su mentor, no dudó en afirmar que esta circunstancia se debía en gran medida a Julián Sanz del Río y sus seguidores, quienes en su intento de sacar a España de su atraso, lejos de conseguirlo, habían acentuado éste. Paralelamente a esta condena del papel desempeñado por los discípulos de Krause, Menéndez Pelayo denunció, también, la esterilidad del esfuerzo que venían realizando los neotomistas.

Insatisfecho con las directrices que guiaban a los modernos partidarios de Santo Tomás y contrario a las de los krausistas por entenderlas anticatólicas y extranjerizantes, hubo de plantearse la formulación de un modelo alternativo de regeneración cultural para España. Este modelo habría de contar con dos requisitos imprescindibles. En primer lugar, debía ser conforme a los presupuestos del credo católico, por ser éste, a su modo de ver, la guía suprema del ser humano. A la vez, el proyecto debería ajustarse a la esencia de la tradición española, ya que de no ser así se incurría en el riesgo de perder la identidad española. Sobre estos postulados, expuso un conjunto de medidas de naturaleza cultural con las cuales confiaba en insuflar el suficiente aire renovador a nuestra ciencia como para que ésta recobrase el vigor de sus mejores tiempos. Tres fueron los campos de actuación que trazó en sus escritos.

Primero, propugnó la realización de monografías bibliográficas. Su propósito era estimular la elaboración de catálogos de escritores provinciales que, llegado el momento, debían servir para formar una bibliografía general, bibliotecas regionales y bibliotecas monográficas. Con ellas pretendía salvaguardar la autonomía científica y literaria de las distintas zonas del país frente a la centralización académica

vigente²². Una segunda iniciativa consistía en promover la elaboración de monografías expositivo-críticas sobre las ramas de la ciencia que hubiesen tenido mayor importancia en España²³. Por último, y para remediar la situación de la enseñanza, que en aquel momento se hallaba sometida al influjo extranjero, recomendó el establecimiento de seis nuevas cátedras universitarias centradas en el estudio de la evolución de diversas disciplinas científicas en nuestro país²⁴. Estas serían las de historia de la teología, de la jurisprudencia, de la medicina, de la filosofía, de las ciencias exactas, físicas y naturales, así como de los estudios filológicos.

Junto a estas medidas, enumeró algunas actuaciones destinadas a completar aquéllas. Así, pidió la protección del Estado para los trabajos de erudición, la creación de diversos premios anuales, la publicación de las obras que resultasen galardonadas en ellos y la exigencia de que las tesis doctorales tuviesen un nivel mucho más alto. Finalmente, reivindicó el establecimiento de varias comunidades de benedictinos que se dedicasen únicamente al cultivo de la ciencia y de la cultura españolas, la publicación de las obras de los pensadores ibéricos más destacados y la fundación de una revista en la que se difundiesen nuestros estudios de filosofía. En síntesis, frente al problema de la decadencia científica de España, Menéndez Pelayo expuso no sólo un listado de viejas glorias, sino todo un programa de regeneración nacional basado en una potenciación de la cultura de élite. Con él esperaba paliar, primero, nuestro retraso científico con relación a la Europa más avanzada y recobrar, después, el esplendor y poderío de antaño en todos los ámbitos.

Esta formulación conllevaba, por tanto, dos elementos implícitos. De un lado, la esperanza de que a través de una actuación en el campo de la cultura se pudiera lograr una regeneración no sólo de nuestra situación científica, sino también del país entero en sus diferentes vertientes (política, económica, administrativa, social, etcétera). De otra parte, esta iniciativa intentaba reemplazar cualquier acción en el campo político. Y es que en esta etapa de su vida el polígrafo montañés era poco partidario de entremezclar política y religión por entender que el catolicismo aspiraba a metas que trascendían el carácter meramente coyuntural de cualquier empresa política²⁵.

Precisamente este mismo criterio de no mancomunar lo temporal con lo imperecedero había llevado a Gumersindo Laverde en 1856 a concebir un proyecto análogo al que ahora exponía su discípulo. En efecto, Laverde, consciente del atraso español y contrario a una intervención de tipo político, había intentado buscar una fórmula que pusiera fin a tal situación desde un plano estrictamente cultural. Con este propósito, además de reivindicar nuestro pensamiento de siglos anteriores, había reclamado la creación de una Academia y de una Biblioteca de Filosofía Española²⁶. De paso, y frente a los esfuerzos de escolásticos y krausistas por alzarse con el control de la actividad intelectual de su época, trató de buscar una vía filosó-

22. M. MENENDEZ PELAYO, «*De re bibliographica*», en *La Ciencia...*, vol. I, en *E.N.O.C.*, vol. LVIII, 1953, pp. 79-80.

23. M. MENENDEZ PELAYO, «Monografías expositivo-críticas», *ibidem*, pp. 123 y ss.

24. M. MENENDEZ PELAYO, «Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores», *ibidem*, p. 173.

25. M. CAMPOMAR FORNIELES, «Menéndez Pelayo y los problemas de un intelectual católico de la Restauración», en VV.AA., *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen*, Santander, 1983, p. 87.

26. G. LAVERDE RUIZ, «De la Filosofía en España», en *El Diario Español*, 1-X-1856; y «Filosofía Ibérica. Introducción», en *Revista Universitaria*, II, núm. 12, 30 diciembre 1856. (Sobre las repercusiones de este último artículo, véase J. PEREZ VIDAL, «Anticipo de la polémica sobre la ciencia española», en *Hispania*, tomo XLI, núm. 147, enero-abril 1981, pp. 47-60).

fica en la que, a la vez que se respetasen los elementos que él consideraba característicos del modo de ser hispánico y del catolicismo, se mantuviera una actitud receptiva ante el progreso de las ciencias modernas. Laverde creyó encontrar esta fórmula en una reactualización del vivismo, en cuyo inspirador, Luis Vives, veía el modelo ideal de católico moderno.

Todas estas ideas iban a ser retomadas y ampliadas por el propio Laverde diez años después en un libro que pasa por ser su obra más importante²⁷. En él, además de volver a solicitar una Academia de Filosofía y una colección de libros sobre nuestros pensadores, hizo una reivindicación de la ciencia española de los siglos precedentes. También reclamó la creación de una publicación periódica de carácter filosófico, así como la convocatoria de premios anuales para estudios sobre el pensamiento español. El cuadro se completaba con la petición de una cátedra de Historia de la Filosofía Ibérica y la inclusión en los planes de estudios de asignaturas sobre la historia en España de determinadas ciencias.

Como puede apreciarse, las ideas concebidas y expresadas por Laverde desde mediados de siglo constituyen el precedente del programa que Menéndez Pelayo dio a conocer desde 1876. El influjo de aquél no se limitó, pues, a inducir a su discípulo a entrar en la polémica y a aconsejarle en su defensa de nuestra ciencia de antaño, sino que fue el punto de referencia en que éste se inspiró para desarrollar su programa regenerador. A la vez, debe subrayarse que las medidas propuestas por uno y otro estaban fundamentadas en un modelo de organización muy concreto. Tras ellas subyacía el propósito de retornar a una especie de «edad de oro perdida» en la que una perfecta simbiosis entre catolicismo y tradición había posibilitado que nuestro país hubiera alcanzado las cotas más elevadas de esplendor de su Historia en todos los campos. Este deseo de intentar volver a un pasado supuestamente glorioso llevó a Laverde y, con él, a Menéndez Pelayo a idealizar en grado sumo el siglo XVI. Semejante afán de retornar al pasado para reorientar el presente ha llevado a Laín Entralgo a calificar el programa de Menéndez Pelayo no como proyecto, sino como «retroyecto»²⁸. Con su puesta en práctica tanto Laverde como Menéndez Pelayo aspiraban a implantar un modelo cultural que, fiel al dogma católico y a la tradición, estuviese, también, abierto a los nuevos tiempos. Sólo así iba a ser posible, a su juicio, la consecución de su objetivo supremo: el restablecimiento de un Estado y una sociedad genuinamente católicos.

La idea de restaurar una España católica mediante acciones culturales que Menéndez Pelayo retomó de su mentor fue, en principio, bien acogida por sus correligionarios. Sin embargo, este clima favorable hacia su persona y designios no iba a tardar en verse empañado. Duró hasta que Menéndez Pelayo comenzó a menospreciar la aportación de la escolástica a nuestro pasado científico y a expresar sus reservas con relación a lo que la misma podía deparar en un futuro próximo. Sucedió que los neotomistas aspiraban a implantar en la sociedad española unas pautas culturales acordes con un esquema doctrinal de raíz medievalista. El modelo que propugnaban, caracterizado por una gran cerrazón y rigidez dogmática, resultaba inaceptable a quienes como Menéndez Pelayo, aun siendo católicos, eran contrarios a todo exclusivismo en el terreno intelectual. Esta circunstancia irritó a los neotomistas y al sector más intransigente del catolicismo español. Por si fuera poco, un factor exóge-

27. G. LAVERDE RUIZ, *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública*, Lugo, 1868, XXXIII + 526 págs.

28. P. LAIN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo...*, op. cit., p. 225.

no, el ingreso de Menéndez Pelayo en la Unión Católica, vino a complicar aún más las cosas. Su adscripción a esta asociación, unida a la antipatía que profesaba hacia el escolasticismo y a sus alardes de autonomía científica, produjeron tal grado de malestar entre neotomistas e integristas que éstos determinaron iniciar una durísima campaña periodística contra aquél en el verano de 1882²⁹.

Los ataques de sus correligionarios conllevaban, además, de modo implícito un rechazo de su proyecto de regeneración cultural. Esta circunstancia y la indiferencia con que dicho proyecto había sido acogido tanto por quienes ostentaban el poder político en ese momento (Cánovas, primero, y Sagasta, después) como por los principales pensadores no vinculados al sistema (comprometidos en su mayoría con el proyecto de la Institución Libre de Enseñanza) acabaron sentenciando la pérdida de posibilidad de que el mencionado programa regenerador pudiera ser llevado a la práctica en un futuro inmediato. Todo ello iba a convencer a Menéndez Pelayo de que era preciso crear unas condiciones previas para poder hacer viable la aplicación de las medidas por él concebidas. A su modo de ver, sólo actuando «desde dentro», en lugar de limitarse como había hecho hasta entonces a enunciar sus propósitos pero sin contar con los resortes necesarios para su puesta en práctica, sería posible la transformación de los mismos en una realidad. Esta convicción, amparada en el beneplácito que León XIII dispensó a la intervención de los católicos en la política para defender los intereses de la Iglesia, fue la razón última que le impulsaría a participar en la vida política³⁰.

La decisión de acudir a la política como primer paso hacia una regeneración cultural revelaba, por otro lado, el convencimiento de que si su programa no había sido aplicado era por razones externas al mismo y no por su posible debilidad. Un examen minucioso de las medidas expuestas por Menéndez Pelayo y del contexto en que fueron formuladas revelan, sin embargo, importantes limitaciones y omisiones en su proyecto.

Puede señalarse, en primer lugar, una deficiente percepción del problema abordado. Menéndez Pelayo, inmerso en el mundo de la cultura de élite, entendió que España venía padeciendo un proceso de decadencia general debido a la recepción de corrientes de pensamiento extranjeras desde fines del siglo XVIII. Estas, desligadas del credo católico y ajenas a la tradición, habrían sumido nuestro panorama cultural en una crisis de identidad tan profunda que habría asfixiado toda actividad intelectual en el último siglo. Ello le llevó a hablar de la existencia de un proceso de decadencia o degeneración en la cultura española. No obstante, Santiago Ramón y Cajal cuestionó esta forma de ver el problema. En su opinión, el atraso cultural de nuestro país no era propiamente un problema de decadencia. La noción de decadencia, a su modo de ver, conllevaba implícita la creencia en que había existido un período previo de esplendor. Pensaba el histólogo navarro que España nunca había contado con etapa alguna de su Historia en la que pudiera hablarse de verdadero esplendor en el terreno intelectual. Por el contrario, estimaba que nuestro pasado se había caracterizado siempre por una apreciable pobreza y discontinuidad en el quehacer cultural.

29. M. M. CAMPOMAR FORNIELES, *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*, Santander, 1984, pp. 246-253.

30. Esta circunstancia tuvo lugar desde 1884 cuando el líder de la Unión Católica, Alejandro Pidal, aceptó ser ministro de Fomento en un gabinete canovista. La entrada de Pidal en el Gobierno, además de comportar su aceptación del orden restauracionista y su incorporación al Partido Conservador, supuso el ingreso en éste de varios correligionarios suyos (entre los que se hallaba Menéndez Pelayo), que decidieron seguir los pasos de su cabecilla para apoyarle en su gestión ministerial.

De este modo, se habría consumado una situación de atraso secular con respecto al resto de Europa³¹. Este atraso cultural, que no debía ser identificado con un proceso de decadencia, llevó a Ramón y Cajal a señalar que el problema esencial era que, mientras siempre había existido (y seguía existiendo) una minoría que tenía acceso a algunas de las más elevadas manifestaciones intelectuales, la inmensa mayoría de la población vivía sumida en la ignorancia, confiriendo al país un nivel medio de instrucción ínfimo e impidiendo, en consecuencia, que pudieran aparecer figuras que contribuyeran a superar esta situación de penuria e inferioridad.

Este argumento sirve para resaltar también una segunda limitación del proyecto regenerador de Menéndez Pelayo. Concebido éste para ser aplicado en el ámbito de la «alta cultura», guardaba, en cambio, un incomprensible silencio sobre los grados más elementales de difusión del saber. Este campo de acción (el que más de cerca podía afectar a las gentes sencillas), pese a revestir un nivel mucho más bajo que el abordado por el autor de la *Historia de los heterodoxos*, no era por ello menos importante, especialmente si se tiene en cuenta que en aquel momento la mayor parte de la población española era analfabeta. Junto a lo que este hecho revela de falta de sensibilidad por parte de Menéndez Pelayo hacia un problema tan importante como el de las dificultades de los más humildes para el acceso al saber, el mismo constituye también un elemento que contribuye a poner en tela de juicio la eficacia de las medidas propuestas por aquél. A este respecto, cabe preguntarse en qué magnitud podía ser válido un proyecto que pretendía sacar a España de su atraso en el plano cultural, ignorando por completo la realidad de la mayor parte de la población, que se hallaba desprovista de un nivel de formación mínimo. Esta circunstancia ha llevado a Laín Entralgo a expresar sus dudas sobre la suficiencia del programa de Menéndez Pelayo para revitalizar nuestro panorama cultural³².

En tercer lugar, y enlazando con este último aspecto de la posible insuficiencia del proyecto que nos ocupa de cara a un resurgir cultural, se plantea el problema de si únicamente con una actuación en el plano del saber se podía aspirar a regenerar el país en todas sus vertientes. Aunque Menéndez Pelayo concibió su plan como un paso previo para ulteriores elaboraciones, no deja de ser cuando menos discutible que una acción en el terreno de la cultura fuese estímulo suficiente y apropiado para poner en marcha una remodelación de campos tan aparentemente distanciados de aquélla como pueden serlo, en principio, la política o la economía, por mencionar sólo dos de los más relevantes.

4. A modo de conclusión

Suscitada algunos meses después de producirse la restauración de la monarquía borbónica, la polémica sobre la ciencia en España con frecuencia ha sido interpretada como un episodio más del enfrentamiento entre partidarios del progreso y de la reacción. Sin embargo, lo cierto es que en la misma se concitaron, cuando menos, tres posturas diferentes. Así, un primer grupo de protagonistas fue el conformado por los contendientes más vanguardistas, es decir, por krausistas, positivistas y neokantianos. Para éstos, la aportación española a la ciencia universal durante los siglos precedentes había sido mínima debido al fuerte componente religioso de nuestra

31. S. RAMON Y CAJAL, *Los tónicos...*, op. cit., p. 158.

32. P. LAÍN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo...*, op. cit., p. 228.

sociedad y a la imposibilidad de conciliar éste con el libre ejercicio de la actividad científica. Muy diferente fue, en segundo lugar, la posición adoptada por los polemistas más intransigentes. Estos, vinculados a planteamientos neotomistas, rechazaban toda manifestación intelectual que no se ajustase a las directrices que en su día trazara Santo de Tomás de Aquino. Por último, un tercer grupo, el encabezado por Menéndez Pelayo, intentó reivindicar nuestro pasado intelectual. Con ello confiaba en demostrar que era posible llegar a una cierta conciliación entre razón y fe en la que, si bien la primera debía ajustarse a la segunda, en ningún caso había de quedar anulada por completo como pretendían casi todos los pensadores católicos de la época.

De este modo, tras lo que aparentemente no pasaba de ser una mera discusión sobre el alcance de nuestro pasado cultural, se ocultaba la puesta en tela de juicio de los valores y métodos científicos vigentes hasta entonces. Esta circunstancia, debida a la recepción de un nuevo paradigma (el positivista) y a la difusión asociada a él de una mentalidad científica, llevó al cuestionamiento del paradigma tradicional. A pesar de las notables diferencias que separaban a los distintos contendientes, todos se percataron del estado de abatimiento científico en que por entonces se hallaba España. Ello les llevó a buscar, cada uno desde su punto de vista, una fórmula que permitiera solventar este problema. Ahora bien, aunque fueron varios los autores que participaron en la polémica, sólo uno de ellos, Menéndez Pelayo, aprovechó la contienda para exponer sus medidas de regeneración cultural.

Tomando como punto de partida una adhesión incondicional al credo católico y un profundo respeto a la tradición, Menéndez Pelayo esbozó un plan de actuación destinado a fomentar la «alta cultura». Con este propósito, propugnó la realización de diversas series de monografías, el apoyo del Estado a la investigación, el establecimiento de varias comunidades de religiosos dedicadas al cultivo del saber en sus diferentes ramas y la creación de una revista de filosofía.

Este proyecto, concebido no sólo con la idea de superar nuestro abatimiento intelectual, sino también con la esperanza de que pudiera suscitar un resurgir en todos los órdenes, contaba, sin embargo, con varias limitaciones. Así, un examen de la propuesta de Menéndez Pelayo revela que éste partió de un inadecuado enfoque del problema estudiado. Su convicción de que España era víctima de un proceso de decadencia prolongado (y no de un atraso secular debido al bajísimo grado de formación de la mayor parte de la población) motivó que las medidas que propuso se redujesen a una parcela minoritaria de la actividad cultural, la correspondiente al nivel superior, descuidando, en cambio, los ámbitos más elementales de aquélla. Este alcance parcial de su proyecto, amén de dificultar las posibilidades de éxito del mismo con vistas a una eventual revitalización de nuestro panorama intelectual, comprometía la viabilidad de su propósito último: convertirse en el punto de partida de un plan de regeneración nacional.

Las limitaciones del programa de Menéndez Pelayo, unidas a la insensibilidad, cuando no rechazo, con que fue acogido por sus coetáneos dieron como resultado final su no aplicación. Ello ha llevado a determinados autores a hablar del fracaso de aquél. Tal es el caso de Gregorio Marañón o Pedro Laín, quienes, sin negar el esfuerzo desplegado por el cántabro, coinciden en que su aportación a la polémica y su proyecto de regeneración constituyen, con mucho, la parte más endeble de toda su obra³³.

33. G. MARAÑÓN, «Recuerdos...», *art. cit.*, p. 538; P. LAIN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo...*, *op. cit.* p. 252.

La debilidad de la propuesta de Menéndez Pelayo obedeció, además de a su juventud (y, por ende, inmadurez), al influjo ejercido sobre él por Laverde. La función de éste no se limitó a inducir a su discípulo a polemizar con los pensadores más avanzados del momento, sino que le proporcionó las consignas que debía desarrollar en sus escritos³⁴. Paralelamente, Menéndez Pelayo retomó las ideas que su mentor había esbozado algunos años atrás con el propósito de revitalizar la cultura española. Su deseo de ajustarse lo más posible a las pautas trazadas por aquél, le llevó a formular un proyecto de regeneración fundamentado en una idealización del siglo XVI, a cuyo estado de cosas aspiraba retornar.

Pese a que este plan no llegó a cristalizar, Marta Campomar Fornieles ha valorado de modo positivo las propuestas de Laverde y, sobre todo, de Menéndez Pelayo³⁵. En su opinión, éstas constituyeron un interesante esfuerzo tendente a ofrecer un modelo cultural de inspiración católica distinto del defendido por los simpatizantes de Santo Tomás. Dejando al margen su mayor o menor entidad intelectual y validez, la idea de llevar a cabo una restauración del criticismo vivista respondía (según la mencionada investigadora) al deseo de superar el rígido y estéril dogmatismo neotomista, ofreciendo una alternativa al mismo en la que se combinaran pensamiento cristiano español y ciencia moderna.

Sin embargo, al igual que sucediera con su programa de regeneración, los afanes de maestro y discípulo no alcanzaron su propósito final. El triunfo en esta confrontación entre distintas concepciones católicas de la cultura correspondió, por el contrario, a la escolástica, cuyo restablecimiento se vio favorecido por las recomendaciones que en tal sentido realizaron las más altas instancias eclesiásticas³⁶. Todos estos contratiempos y fracasos llevarían finalmente a Menéndez Pelayo a acudir a la política, más en concreto a las filas del Partido Conservador, con la esperanza de que a través de una acción directa en ésta se pudieran crear las condiciones precisas para poner en práctica sus ideas.

En suma y a pesar del adverso resultado final de la iniciativa de Menéndez Pelayo, su esfuerzo puede considerarse como un intento (el más importante de la España de la Restauración) por adaptar las principales aportaciones de las corrientes científicas de su tiempo al credo católico no sólo con el propósito de contribuir a superar el prolongado retraso intelectual de nuestro país con relación a los más avanzados de Europa, sino también con el de contrarrestar el avance del proceso de secularización que a lo largo del siglo XIX se estaba produciendo en todos los órdenes, sirviéndose para ello de la formulación de una alternativa cultural en que se conjugasen cuanto de compatible tenían ciencia moderna y catolicismo.

34. La labor de dirección intelectual ejercida por Laverde sobre su paisano ha sido objeto de numerosas alabanzas por parte de los apologistas de éste. Sin embargo, B. MADARIAGA DE LA CAMPA ha puesto de relieve el carácter perjudicial que para Menéndez Pelayo tuvieron las directrices que le indicó su mentor. («Introducción» a E. MENENDEZ, *Memorias de uno a quien no sucedió nada*, Sandander, 1983, p. 38).

35. M. CAMPOMAR FORNIELES, «Menéndez Pelayo...», *art. cit.*, p. 84.

36. Tal fue, por ejemplo, el caso de Pío X, quien en sus encíclicas *Lamentabili* y *Pascendi* recomendó la escolástica como doctrina filosófica ideal para la formación de los creyentes.